



CAPÍTULO XV.

FERMÍN.

El pariente á quien Cañizares tenía prometida la mano de su hija acababa de llegar á la villa de los Remedios. No se le esperaba, porque, queriendo sorprender á la familia, había omitido todo aviso que pudiera anunciar su presencia. Se apeó en la puerta del parador en ocasión en que María de la Paz despachaba á *Chucho* con orden expresa de traerle noticias de Martín, que estaba en el *Juncar*. No se conocían, por la sencilla razón de que nunca se habían visto; pero en cuanto María de la Paz le echó la vista encima, hizo primero un gesto de sorpresa, y luego se le llenó la cara de alegría, y exclamó, diciendo:

—¡Fermín!... ¡Ah, sí; tú eres Fermín!... ¡Vál-

game Dios qué alto estás!... Abrázame... hijo mío... Así... ¿Sabes que eres un buen mozo? Y... ¡qué demonio de muchacho! Tiene toda la cara de su madre. ¡Jesús mil veces!... Me parece que la estoy viendo... Mira, me lleva cuatro años; pero hemos diableado mucho juntas, porque éramos uña y carne, hasta que se casó con el santo varón de tu padre, que se la llevó; lloramos más que Jeremías, y no hemos vuelto á vernos. Vamos, dime: ¿cómo están por allá?

—Por allá (contestó Fermín), todos comen de la olla grande. Solamente mi padre cerdea; está ya achacoso, y desde la muerte de mi hermano José se le ha venido el mundo encima. Era sus pies y sus manos; manejaba la hacienda como el mejor labrador de la comarca, y al buen señor se le caía la baba viendo crecer los intereses de la casa en manos de su hijo. Yo he tenido que abandonar mi carrera después de concluída para sustituirle; pero mi pobre José valía mucho.

—¿Tu carrera?—preguntó María de la Paz.

—Sí (le contestó). Soy jurisconsulto.

—¿Juris... qué? ¡Vaya qué cosas tan raras sois los hombres! Y bien: ¿qué es eso que dices que eres?

—Digo, tía Paz, que soy abogado; que no he perdido ni un año siquiera, y que tengo mi

título de licenciado en leyes por la Universidad de Valencia.

—Ya... ya lo entiendo... : eres de esos que arman un pleito en el filo de una espada, que dan la razón al que la compra, que indisponen á las familias y arruinan las casas. ¡Déjate tú de leyes!: la ley de Dios; esa es la ley; las demás son embusterías de los hombres. La tierra, hijo mío; la tierra, que es la que nos da el pan, y como está siempre mirando al cielo, no es ingrata como las gentes, que no miran más que á su negocio.

—Tiene V. razón, tía, mucha razón; ¡pero á mí me gusta tanto lo criminal!

—¿Qué dices, criatura!... Con esa cara de ángel, ¿cómo te ha de gustar á ti semejante cosa?...

—Quiero decir (replicó Fermín sonriéndose), que me indigna el crimen, que me gusta sorprender la astucia de los malvados. Descubrir al culpable y defender al inocente es obligación precisa de toda conciencia honrada, porque la justicia es el primer derecho de la sociedad y el primer deber del hombre.

—Vaya que sí (dijo María de la Paz): y hablas como un libro. Pero cuéntame: ¿qué dice la pícara de tu madre?

—Mi madre me ha encargado muy particu-

larmente que le diga á V. que está deseando que sea V. abuela.

—Como si la oyera.... ¡Siempre la misma! Lo que es por ella, el mundo no se acabaría nunca.... Pero, ¡Dios mío!, con la alegría no sé más que charlar, y estamos aquí hechos unos pasmarotes, y traerás un hambre.... ¡ya lo creo!.... ¡Marta!, ¡Prisca!, ¡Gila!.... Jamón del pernil grande.... huevos fritos, de los del día, aceitunas de las enteras, salchichón, miel.... queso.... pronto, pronto. Ahora tomarás ese tente en pie, y luego cenarás á tus anchas. Vamos arriba, y verás á tu prima, que es también una real moza. Á tu tío Martín se le va á volver el juicio en cuanto te vea.

Diciendo esto, cogió la mano de Fermín, y se lo llevó escaleras arriba, gritando :

—¡Eh!.... ¡Aquí está este hombre llovido del cielo!

Al paso encontraron á Marta, que se apartó para dejarles libre la escalera. Siguiólos con los ojos, y cuando acabaron de subir, se mordió suavemente el labio inferior, exclamando:

—¡Dios lo bendiga!

—Entremos aquí (dijo María de la Paz). Es el cuarto donde murió mi madre: entrarte aquí es lo mismo que entrarte en mi corazón.

Sin dejar de sonreirse, enjugó con las puntas

de los dedos dos lágrimas que aparecieron en sus ojos, y empujó la puerta.

—Mira (añadió, haciendo entrar á Fermín en la habitación): aquí tienes á ésta, siempre en el cuarto de su abuela. ¡Pobre hija mía!.... ¡qué buena eres! (y estampó un beso en sus mejillas, y siguió diciéndole): Dale conversación á tu primo, que acaba de llegar como agua de Mayo: cuéntale lo del lobo, y dale noticia de todas las cosas del pueblo, mientras yo voy á disponer lo necesario. Pero antes abrázalo.... así.... ¡Bueno!.... Voy á echar hacia acá á la otra.

Los dos primos se encontraron solos en el cuarto en que había muerto la abuela, solos, de pie y frente á frente. Ella, de resultas del abrazo, encarnada como una amapola, con los ojos bajos y retorciendo entre los dedos las puntas del delantal; él mirándola con atención ingenua, solícita y complacida.

No se sabe el tiempo que habrían permanecido de esa manera, si ella, con voz á la vez tímida y dulce, no le hubiese dicho:

—Primo, vendrás muy cansado; siéntate.

Fermín se sentó en el sillón de vaqueta en que había muerto la abuela, al mismo tiempo que decía:

—No me canso yo tan fácilmente, ni es posible cansarse viniendo á esta casa; pero voy á

sentarme, porque, prima, tienes una voz que no hay más que obedecerla. Vamos, siéntate tú también, y dime qué es eso del lobo.

La prima no fué menos obediente, y se sentó en una silla delante del primo, dando frente al balcón, cuya luz iluminaba de lleno su semblante. Al sentarse levantó la cabeza, y miró atentamente á Fermín. ¿Por qué no? Era su primo, acababa de llegar, y no lo había visto bien todavía.

—Prima.... (dijo él); tienes los ojos de mi madre.

—¡Yo!....—preguntó ella admirada.

—Tú.... Ojos pardos, claros, hermosos, detrás de los que se ve el alma. Y mira tú qué disparate. Te he visto muchas veces antes de verte por primera vez. ¿Qué te parece eso?

La prima se echó á reír á carcajada tendida, descubriendo á los ojos de Fermín la boca húmeda y fresca como una granada; y él añadió, viéndola reírse:

—¡Precioso contraste!.... Tu mirada es algo triste, y tu risa es la alegría misma. Cuando bajas los ojos, parece que va á anochecer, y cuando te ries amanece. Tienes mirada de mujer y risa de niña: cualquiera diría que tus ojos han nacido antes que tu boca.

—¡Válgame Dios, primo, qué cosas dices!

—Lo que oyes.... Yo soy así; tengo el cora-

zón detrás de la lengua. No sé mentir.... ¿Quieres que te diga todo lo que pienso?

—Sí,—contestó con ingenua espontaneidad; mas luego se mordió los labios, como si hubiese querido advertirles la precipitación con que habían contestado.

—¡Ah, prima! (añadió.) Tampoco hay mucha distancia de tu corazón á tu lengua. En un solo momento has querido dos cosas contrarias. Quieres que te diga lo que pienso, y al mismo tiempo no quieres que te lo diga, y eso que no adivinas lo que voy á decirte. Oyeme: pienso que no eres tan hermosa como me han dicho.

Al oír estas palabras se quedó suspensa; miró á un lado y á otro, como quien busca algo que no encuentra; pero de pronto sus ojos se iluminaron, y pudiendo apenas contener la risa, suspiró diciendo:

—¡Ay, primo, cómo te equivocas!

—¡Mire V. qué vanidosa!.... (exclamó Fermín.) ¿Me equivoco, eh?... ¿No quieres ceder nada de la belleza que la fama te atribuye? ¡Bueno! quiere decir que eres una mujer como todas, prendada de ti misma, porque Dios ha querido darte ojos dulces, boca risueña y mejillas redondas. Ahora todo va perfectamente.... Te miras al espejo, y el mundo es tuyo; pero ¿y luego? Porque has de saber que todo eso es lo mismo

que escribir en el agua.... La hermosura es flor de un día, y desaparece como el humo que se lleva el viento; y ¿qué queda?... Pero me estás engañando, porque no veo en ti nada que me descubra la pueril vanidad de las mujeres que se creen hermosas; no encuentro en ti ese aliño esmerado ó caprichoso con que el deseo de agradar os saca de quicio. Esos dos rizos que cubren tus sienes no se despepitan por embellecerte; el pañuelo en que ocultas tu cabeza, oscurece la morena tez de tu semblante; ese corpiño ceñido á la buena de Dios, desfigura tu talle; tus pies son mucho más pequeños que tus zapatos.... Á ti hay que buscarte, porque te escondes.... ¿Á qué quieres engañarme?

—No te engaño (le contestó ella plegando entre los dedos la tela del delantal). Y, ¡vaya! ¿quieres que yo también te diga lo que pienso?

—Sí; vas á decirme todo lo que piensas.

—Pues, mira (le dijo, mirándolo con cariñosa alegría); me estoy riendo de ti como una tonta, porque tú mismo eres el que te engañas.... ¡Dios mío! (añadió, cruzando las manos y riéndose á carcajadas). ¡Qué chasco se va á llevar!.... Cuando mi padre nos leía tus cartas, se le iba el santo al cielo y no hacía más que decir: «¡Buen muchacho! ¡Qué corazón! ¡Qué juicio! ¡De estos novios entran pocos en libra!» Te pone en las

nubes, y ahí tienes que estábamos deseando que vinieras....; yo contaba los días, y Marta contaba las horas. ¡Bueno!: ya estás aquí; has caído por la chimenea, y ¿sabes lo que resulta? Que eres un loco.

Fermín escuchaba á su prima sin pestañear, siguiendo el movimiento de sus labios y las inflexiones de su voz. Luego se cruzó de brazos, diciéndole:

—¡Conque soy un loco!.... Bien: ¿y por qué?

—Porque sí. Pronto lo verás por tus propios ojos, y te reirás de ti mismo; pero ¡no vayas á enojarte conmigo!.... ¿Qué culpa tengo yo de que hayas tomado el rábano por las hojas?... Espera.... espera,—dijo, poniéndole la mano delante de la boca para imponerle silencio, á la vez que inclinaba la cabeza hacia la puerta, en ademán de quien escucha.

Algo oía, pues se llevó el dedo á los labios, imponiéndose también silencio á sí misma.

En esta actitud se presentaba á la contemplación del primo medio de perfil; el pañuelo que cubría su cabeza recortaba el contorno del semblante, precisando las suaves líneas de su fisonomía viva, risueña y candorosa; la boca entreabierta dejaba admirar el color encendido de los labios, realzando la blancura de los dientes; el

movimiento de los párpados parecía empeñado en aumentar la profusión de las pestañas, y el dibujo graciosamente incorrecto de su rostro resultaba iluminado por la luz de la tarde, que acudía á reflejarse en su frente como si quisiera decir: «¡Vean Vds. qué cara esta!»

Y, en verdad, la actitud en que se encontraba no podía ser más expresiva, ni más natural el movimiento de las líneas que modelaban el conjunto de su figura.... Lo primero que un pintor habría advertido en ella hubiera sido la franqueza de los rasgos con que aparecía diseñada.

Contemplábala su primo, esperando en qué vendría á parar tanto misterio, cuando Aurora, empujando la puerta, entró en la habitación en que se hallaban. Fermín, al verla, no pudo contener un movimiento de admiración, y casi se escapó de su garganta un grito de sorpresa. Nona los miró alternativamente, y bajó la cabeza, ocultando que se mordía los labios para reprimir la risa que hormigueaba en ellos. Aurora, por su parte, entornó ligeramente los ojos, como si quisiera recoger en un solo punto de vista todos los detalles que componían la totalidad de la persona de su primo, diciendo al mismo tiempo:

—¡Hola, Fermín! Marta anda pregonando

por la casa que has llegado, ¡Vaya un capricho!.... No te esperábamos tan pronto.

Nada contestó Fermín á las palabras con que su prima lo saludaba; parecía deslumbrado ante el resplandor repentino de tanta belleza; era todo ojos, y su boca entreabierta permanecía muda. Aurora se inclinó hacia Nona, preguntándole:

—¿Es sordo?....

—No (contestó Nona). Es que.... como no te ha visto hasta ahora....

En seguida tocó familiarmente con la mano la rodilla de Fermín, diciéndole:

—¡Primo!.... Esta es Aurora....: yo soy.... su hermana.

Al oír la voz de su prima, Fermín respiró como quien despierta de un sueño, y pasando las miradas de una á otra, dijo:

—Sí.... sí.... ya lo comprendo.... Esta es Aurora.... ¡ajajá!, y tú eres Bernarda....

—Nona,—añadió ella.

—Eso es (siguió diciendo). Os he confundido.

—¡Me has confundido con Nona! (exclamó Aurora soltando una carcajada.) ¡Qué disparate!

La franca expresión que animaba el semblante de Fermín se oscureció de repente; mas, por lo visto, no era el primo hombre que se dejaba dominar por pensamientos enfadosos; pues

pronto recobró su natural franqueza, diciendo:

—¡Disparate! ¡Ya lo creo! ¡como que es imposible confundiros!: solamente que yo no os conocía. Perdóname, Aurora, que no te haya adivinado, y tú, Bernarda, ríete de mí.... No me enfado, porque yo también me río....

En esto se oyó en la plaza algazara de voces y ruido de gente, y los tres se abalanzaron al balcón. Era que había llegado de la sierra la noticia del éxito feliz de la cacería, y el anuncio de que el lobo muerto iba á ser paseado en triunfo por todas las calles del pueblo, para que, grabándose en la memoria de todos, se hiciese perpetuo el recuerdo de tan formidable victoria. La voz pública aclamaba al Diputado y vitoreaba al síndico, verdaderos héroes de la hazaña. Enterada Aurora del suceso, abandonó el balcón bruscamente, y corrió hacia el interior de la casa. Encontróse con Marta que la detuvo, diciéndole:

—¿Á dónde vas hecha una loca?... ¡Hum!: no me lo digas, porque lo sé: has visto al primo, y te ha sorbido el seso.... ¡Ya se ve!: como que es un mozo, que ni soñado.

Aurora la apartó para abrirse paso, y arqueando la boca, siguió adelante sin contestarle.

Ya bien entrada la noche llegó Martín Cañizares, que volvía del *Juncar*, y entró en el para-

dor, caballero sobre su mula de paso. De un salto se puso en tierra, y entró en la casa alborotando el cotarro con estas voces:

—¡Dónde está ese hombre que me trae á uña de caballo! Vamos á ver si llega el momento de que yo le eche la vista encima.

La familia acudió á la escalera, y el señor Cañizares subió de dos en dos los escalones.

—¡Ah, pícaro Fermín! (dijo abrazando á su sobrino, y mirándolo después de arriba abajo.) Esto es.... ¿lo véis?: lo mismo que yo me lo imaginaba: alto, fuerte, sano, robusto.... Y ahí tiene V., doña María de la Paz, ahí tiene V. lo que son las cosas: es preciso que los parientes nos presten un hijo, en vista de que V., señora mía....

—Calla, Martín, porque sé lo que vas á decir, y es un desatino.

—Bueno; doblemos la hoja.... Así como así, por más doblada no doy un cuarto.... ¿Y qué?... ¿no se cena en esta casa?

La mesa estaba dispuesta, y María de la Paz echó delante, detrás Aurora, y luego Nona. Cañizares puso la mano sobre el hombro de su sobrino, y lo detuvo, diciéndole al oído:

—Ayúdame, Fermín, porque ya soy viejo, y empiezan á pesarme las piernas. (Y bajando la voz, añadió confidencialmente:) Ahora oye un

consejo : no me llenes la casa de chiquillas : un muchacho ha de ser lo primero ; un muchacho que alegre los últimos años de mi vida.

La cena humeaba sobre la mesa , y el pan moreno amasado en la casa aumentaba la blancura del mantel : dos velones con los cuatro mecheros encendidos , iluminaban la transparencia del agua que llenaba los vasos , chispeando en el vino que cubría el borde de las copas.

Acababan de sentarse á la mesa , cuando se sintieron pasos precipitados , sollozos y lamentos , y de golpe y porrazo se presentó ante la familia atónita el señor Cura , con la sotana desgarrada , sin manteo y sin sombrero , pálido como la cera , trémulo como un azogado.

—¿Qué ocurre , señor Cura?—preguntó Cañizares.

—¡ Ah , señor D. Martín ! (exclamó el señor Cura con acento desfallecido.) ¡ Qué desgracia tan grande ! ¡ Qué crimen tan abominable ! ¡ Qué sacrilegio tan espantoso !

—Serénese V. , señor Cura (dijo D. Martín). ¡Ea !: dadle un sorbo de agua y vino , que se tranquilice.... Vamos á ver : ¿ qué pasa ?

Con voz ahogada por los suspiros y por las lágrimas , y juntando las manos como quien pide misericordia , el señor Cura , casi aniquilado , medio muerto , sollozó estas palabras :

—Sr. D. Martín , ¡ las alhajas de la Virgen han sido robadas !....

No pudo más ; vaciló , y hubiera caído en tierra , si Fermin no le hubiese sostenido en sus brazos . El espanto anudó la voz de todos los que se hallaban presentes .





CAPÍTULO XVI.

EL SUMARIO.

Ni el terremoto de Orán causó más sorpresa ni más espanto en la ciudad asolada, que el robo de las alhajas de la Virgen produjo en la villa de los Remedios. Ojos afligidos que se elevaban al cielo, manos cruzadas sobre el pecho, semblantes atónitos que miraban á una y á otra parte, no acertando á dar crédito á lo que oían; tal era, poco más ó menos, el cuadro que en las calles, en los portales de las viviendas y en el interior de las casas ofrecían los habitantes de aquel pueblo escondido en el último rincón del mundo.

¡Robadas las alhajas de la Virgen!.... Pero....

¡cuándo!... ¡cómo!... ¡quién!... ¿Cuándo?... Durante la noche de la batida, en que medio pueblo se hallaba en la sierra. ¿Cómo? Escalando el muro que cerraba el huerto de la iglesia, abriendo con llave segura la puerta que comunicaba con la sacristía, y forzando la doble cerradura de la cajonera que contenía el cofre de hierro.... ¿Quién?... Aquí hacían alto todas las sospechas, porque las conjeturas más suspicaces se detenían ante los nombres de las tres personas que el suceso hacía acudir á la memoria.

El señor Cura..., el sacristán..., el alcalde.... El señor Cura, que vivía en la casa rectoral de la iglesia; el sacristán, que habitaba en su pequeña casa del huerto junto á la sacristía, y el alcalde, que tenía una de las llaves que guardaban las alhajas. Pero la veneración que inspiraba el señor Cura lo ponía á cubierto de toda sospecha; su sobriedad, su amor á la pobreza, su caridad, todo hablaba en su favor; el sacristán, hombre sin necesidades, sin familia, pegado á la iglesia como la hiedra al tronco, y que además había pasado la noche en la sierra, no podía ser objeto de la suspicaz malicia de la gente; y, en fin, el señor alcalde, ligero de cascos, farolón, mete-sillas y saca-muertos, tiranuelo de monterilla, muy á propósito para cualquier enjuague municipal, no era, sin embargo, capaz de

tener arte ni parte en la ejecución de tan escandaloso sacrilegio.

Además, el señor Cura parecía aletado por la impresión del suceso; lloraba como un niño, y en su rostro de paz se dibujaba fielmente la desolación de su alma; el sacristán, por su parte, parecía herido por un rayo; sus ojos desencajados iban de una parte á otra como buscando con ansia desesperada el rastro del crimen, y de vez en cuando comprimía convulsivamente los labios y apretaba los puños para contener el furor interior de que se hallaba poseído; y, en fin, el alcalde semejava á un loco, yendo y viniendo, entrando y saliendo, subiendo y bajando, multiplicándose por todas partes, dispuesto á meter en el último calabozo de la cárcel hasta á los santos de la iglesia. Realmente participaba de la indignación y del espanto del pueblo.

Y la cosa era que no se conocía en el vecindario persona alguna capaz de tanta maldad, de tanta audacia y de tanta astucia; porque los más señalados con el dedo, ladrones, digámoslo así, de tres al cuarto, no ofrecían en la hoja de sus fechorías méritos bastantes para que pudiese atribuirseles valor y medios proporcionados á la magnitud de la empresa.

¿ Á qué punto volver los ojos de las presun-

ciones en busca de las huellas del crimen? ¿De dónde había venido un golpe tan seguro, tan sigilosamente concertado, con tanta habilidad dispuesto, sin dejar por ninguna parte señales de su paso? ¿Á dónde habían ido á parar aquellas alhajas sagradas, rico patrimonio de la piedad, y honor de la tradición del pueblo? La sospecha pública andaba á ciegas, sin poder penetrar en las sombras del misterio; se hallaba suspensa, al mismo tiempo que la indignación crecía en los ánimos conforme se iba aumentando la densidad de las tinieblas; y en medio de tanta oscuridad, échele V. un galgo.

Pero bien: la justicia oficial suele ser perspicaz algunas veces, y lo que no ven los aturdidos ojos de la multitud, puede verlo, y hay casos, el encargado de inquirir los secretos de la perversidad y de dar á cada uno su merecido. En ese recurso fundaba el pueblo su esperanza de que al fin serían descubiertos los culpables, y, sea como quiera, hay que convenir en que era al fin una esperanza.

En efecto: el Juez acudió desde el primer momento, personándose en la sacristía teatro del suceso, donde constituyó el juzgado para practicar las primeras diligencias del sumario. Detrás del Juez se hallaba el Escribano, esa sombra, al parecer inevitable, de la justicia humana.

Dióse principio á la indagación de los hechos por la declaración del sacristán, de la que resultaba lo siguiente:

«Que al salir para la batida cerró con dos vueltas la puerta de la sacristía que comunica con el huerto; que guardó la llave como siempre en el cajón de su mesa; que del mismo modo cerró la puerta de la casa, llevándose la llave en el bolsillo, como también la de la puerta interior de la torre, que es por donde su casa se comunica con la calle; que al volver de la sierra encontró dichas puertas cerradas como las había dejado, y la llave de la sacristía en el mismo sitio en que la puso al irse, sin notar en ninguna parte señal de violencia; pero que al abrir la puerta de la sacristía advirtió que el pestillo no tenía más que una vuelta, cuando estaba seguro y podía jurar que le había echado las dos vueltas á la llave, como acostumbraba á hacerlo siempre; que entonces reparó en *Minerva*....»

Aquí el Juez le interrumpió para preguntarle:

—¿Quién es *Minerva*?

—*Minerva* (contestó), es mi perra de caza, conocida en todo el pueblo, más fina que el oro.

—Adelante,—dijo el Juez.

«Que *Minerva*, desde que entró en el huerto, se plantó al pie de la higuera y levantó el hocico, como hace cuando toma vientos en el monte;

que, olfateando la tierra, llegó al pie del muro que separa el huerto de la calle, y se empinó, oliendo las piedras de la pared como si quisiera comérselas; que desde allí, rastreando, se fué á la puerta de la sacristía, y escarbó con las manos, y gruñó lo mismo que cuando se le pierde el rastro en la madriguera; que en cuanto el que habla abrió la puerta, *Minerva* se precipitó dentro, y con la nariz pegada al suelo, corrió hasta la mitad de la sacristía, y se paró delante de la cajonera, en el mismo sitio en que se reviste el sacerdote para decir Misa, y que allí olfateó el aire y se puso de manos oliendo el cajón en que estaban encerradas las alhajas; que entonces el declarante lo examinó, sin encontrar al pronto nada que le llamara la atención, hasta que, fijándose más atentamente, pudo observar que alguien había intentado forzar el cajón, y le dió un vuelco la sangre al ver desunida la juntura superior y manifiestas las señales del instrumento introducido en la juntura para desunirla; que sin saber qué hacer ni qué pensar, se quedó medio muerto delante de la cajonera; que entonces entró en la sacristía el señor Cura, y le hizo ver lo que acababa de observar, y atribulados, llamaron al señor alcalde, que acudió en el acto, y se trajeron las llaves, que no eran necesarias; porque el cajón estaba abierto, y

dentro encontraron el cofre de hierro vacío.»

Tal era, en sustancia, la declaración del sacristán. La del señor Cura se reducía á que la noche anterior, después del rosario, como al oscurecer, lo mismo que todos los días, se registró la iglesia capilla por capilla, y se cerraron las puertas, asegurándose de que quedaban bien cerradas; que lo mismo se hizo en la sacristía, más por costumbre de hacerlo así que por temor de tan grave sacrilegio. Que al día siguiente se levantó al amanecer, y dijo la Misa del alba, sin advertir nada hasta el momento en que el sacristán le hizo ver el estado en que el cajón se hallaba, y se llamó al señor alcalde, y se descubrió todo.

El señor alcalde confirmó cuanto á él se refería; y evacuadas las citas de testigos producidas por las anteriores declaraciones, nada más pudo averiguarse. Quedaba que examinar á los vecinos inmediatos á la iglesia, y todos dijeron lo mismo; nada habían oído durante la noche: ni pasos en la calle, ni ruidos sospechosos, ni siquiera el ladrido de un perro.

—El sereno (dijo el Juez de pronto): que venga inmediatamente el sereno del barrio.

Y Juan Pito, conducido por el alguacil, compareció con asombrados ojos, sin saber qué podía querer la justicia de su humilde persona.

Juró decir verdad en todo lo que supiese y fuere preguntado; pero ¿qué podía saber, si había pasado la noche en la sierra, sobre lo alto del *Barranco*, esperando al lobo? Juan Pito salió á la calle con semblante airado, rechinando los dientes y amenazándose á sí mismo con ambos puños. Cercóle la gente, que, estacionada alrededor de la iglesia, esperaba el resultado de las indagaciones judiciales, comiéndoselo á preguntas; pero su boca era una piedra, y sólo contestaba encogiendo los hombros y arqueando las cejas.

Hizo el Juez prodigios en la investigación; echó á un lado el camino legal que tanto favorece á los criminales en los Códigos modernos; aguzó las preguntas, sorprendió á los testigos con observaciones inesperadas, agotó, en fin, todos los recursos de su discreción, y nada pudo sacar en limpio. La verdad obtenida en el sumario echaba un velo impenetrable sobre el delito. Todos habían dicho la verdad, y la verdad no daba luz ninguna.

Acto continuo se procedió al examen minucioso y pericial del sitio en que se había cometido el robo, del cual resultó que el muro, á pesar de su altura, debió ser escalado por medio de un garfio sujeto á una cuerda, porque en lo alto de la tapia se veían las señales sobre las piedras

arañadas por el hierro, y á uno y otro lado de la pared manifiestos indicios de haberse apoyado en ella los pies para elevarse por la cuerda pendiente del garfio.

En la tierra movediza del huerto, al pie del muro, se veían dos huellas profundamente grabadas en dirección á la pared, impresas por el peso del cuerpo al caer desprendido de la cuerda. Estas huellas volvían sobre sí mismas, dirigiéndose, confusamente señaladas, hacia la puerta de la sacristía. La cerradura de la puerta no ofrecía indicio alguno de violencia; pero examinada la parte interior, se observó que había sido profusamente bañada con aceite para que la llave entrara fácilmente en la cerradura, lo cual inducía al cerrajero á creer que la puerta no se había abierto con su propia llave; y lo confirmaba en ello la circunstancia de que la llave guardada por el sacristán entraba holguera, y los dientes, gastados por el uso, no agarraban las guardas del pestillo sino haciendo un esfuerzo particular, que sólo el sacristán conocía, porque él sólo usaba aquella llave.

Examinado el cajón que contenía las alhajas, se vió que había sido abierto por medio de una palanqueta, quedando después del robo aparentemente cerrado.

Sin pérdida de tiempo se expidieron exhortos

en todas direcciones, se dieron órdenes reservadas á la Guardia civil, y quedó terminado el sumario, ó por lo menos suspenso ante la oscuridad que ocultaba á los culpables.

Mordía el escribano el extremo de la pluma, guiñando ya un ojo, ya otro, como si pasara de una conjetura á otra, mientras el Juez daba vueltas al bastón que tenía entre sus manos, con semblante confuso, pensativo y ceñudo, cuando entró el alcalde, diciendo:

—Vamos á ver, señor Juez: ¿á quién prendemos? Esto no puede quedar así; hay que prender á alguien, uno á lo menos, sea quien sea.

Por toda respuesta el Juez tomó el sombrero, y seguido del escribano que llevaba el rollo de los autos debajo del brazo, salió de la sacristía. La gente, agolpada á la puerta de la iglesia, abrió paso á la justicia, que se adelantó silenciosa y cabizbaja, andando con la lentitud de quien no sabe por dónde anda.

Detrás apareció el alcalde; cercáronle los más curiosos, y les dijo:

—Nada se sabe; pero estamos sobre la pista, y no se puede descubrir el secreto del sumario; caerán, ¡vaya si caerán!, y no se han de escapar ni las ratas: como que tenemos la sartén del mango, y ahí está el Diputado, que nos ha prometido no salir del pueblo hasta que no se ave-

rigüe todo y sean castigados los culpables. Calma y orden.... La autoridad no duerme, y ahora mismo voy á registrar el pueblo, casa por casa.... ¡Ea!; seguidme, y veréis cómo no dejo piedra sobre piedra.

